1
233750

LAS NALGAS



BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

10 cénts.

1
233750

47/1505066

Las NALGAS Marinas

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

I

—Coruscante! Atrabiliaria!

—Rollizota y con dos *mellizas* de una vez, dirías mejor.

—Dos que parecen cuatro!...

—Cuatro y repique!

—Carrasquillas! Como que merecen repique general... de mis manos en esas divinales campanas carnosas.

—¡¡Ay, aaaay!! Judíos! Que me estais sacando brillo a mis pobrecitas asentaderas.

—Lydia!... Lydia!

—No me llames Lydia que me deshonras.., Mal picador! Torero de invierno!

Vamos, Lydia!—interpuso el segundo de los bohemios, el escultor Hugo Larroca, agarrando de un brazo a su congénere, el nervioso Marcos, no tan artista como Larroca: pero sí bohemio también, a macha martillo.

R.3224245

—Y ¿por qué ha sido el enojo, so títeres¡—demandó Hugo, sin dejar de moldear el barro que ante sí tenía en casi informe montón en un taburete alto de vara y media lo menos.

—Bah! Esa: que asegura que no posa más contigo para esa nalgas que nunca le dejan satisfecho ni harto...

—Ni harto de contemplar las uñas! eso! —apoyó Lydia, tapándose momentáneamente la rotunda, desmigante y rolliza grupa, para lo cual solo tuvo que tirar un pañal de la camisa.

—¡Ah, sí! De modo que esa desgalichada, esa doña «finuras» cree poseer el posterior más apropósito para mi ¿no?...

—Eso! El más rollizo!

—¿Alzas la cortina o qué Lydia?... Que es tarde.

—Y va a llover—dijo por lo bajo Marcos, apocadísimo y sin otra intención que la de subrayar los golpes que ya habían menudeado sobre los *carrillos* postrimeros de la graciosa modelo.

Ahora sonaron en la puerta unos golpes algo discretos, pero contínuos.

—No se puede ahora!...

—¿Quién vá?... Traeis dinero o cosa que lo valga?

—Soy yó el propietario... No hay que

asustarse.

Una especie de descarga cerrada de golpetazos aplicados a las puertas, a las mesas, a todo lo que era de propiedad de aquel casero maldito cuanto odiado...

—¡Que no se puede he dicho, concho!— apoyó con voz estentórea Hugo Larroca, cesando en su parte de ruidosa protesta con los bártulos del trabajo.

—Si no vengo a nada malo, pipiolos míos!... ¡artistas de porvenir!... diablejos inconsútiles!...

—Diga su objeto pues!... Que Lydia se va a resfriar el cutis, si no se va enseguida, viejo espantajo!...

—¡Ji, ji, ji!—rióse el extraordinario don Abilio, mirando por el ojo de la llave.— Ya veo, ya, que ese centro peliculístico es digno de ser esculpido en mármoles...

—Bien! Pero no abrimos!... Ración de vista si te apetece!... Y gracias!...

El escultor, continuó su tarea, después de lanzar un:

—Vuelva más tarde, don Abilio!... Viejo sátiro!...

—¿Voy bien ahora, nenilla?... ¿Voy bien despidiendo a tu eterno moscón?

—¡Vas que de primera, Marquillos!... ¡Que te dé un beso chupado en los mismos hociquillos por apuesto y buen mo-

zo!... ¡Olé los hombrecitos con melenas!...

—¡Ole las mujercitas con glúteos, presumiendo!... ¡Chas! ¡Chaaas!

—Nena! Que te quiero más que a las ninfas de los bosques y más que a las nueve musas del Parnaso y más que...

—¡Repuño! Os estais callados o cierro, que eso ya pasa de palique amoroso... Vá! que ya me amosco yo! Lo que se dice *amoscao* por completo!...

—Por que eres un voceras! Mira! Y rabia!—concluyó Marcos besando otra vez y de un modo aún más insinuante y lúbrico a su erótica novia, que con las robustas caderas en pompa, estaba provocativa en grado superlativo.

—¡Ah! ¿sí?... ¡Mephisto me valga!... Lo que es el sátiro de don Abilio ha tenido que largarse sin otros provechos que ver y chillar... Pero lo que es este bohemio que viste y calcalza!... ¡Mira!! ¿Ves?.. ¡Ya está!!

Al pronunciar estas dos palabras, en tono sonoro y convencido acababa de plantificar ocho o diez besucones morrocotudos en las pomposidades de la socia que posaba ¡para eso posaba seguramente!...

II

En el *Gato verde*, cafetín arrinconado y poco frecuentado por la gente adinerada y corriente, viéronse aquella noche Marcos Delage y su compañero de dominó predilecto, Moisés Cebado, treinta y ocho otoños; aún moceando, listo, con agallas y no mal parecido.

A más de todo ello, catedrático en la Normal de Maestras de geografía física. Un talentazo incomprendido como se suele decir.

—¿Que es eso que estás leyendo ahí con tanto interés, querido Cebado?

—Demonio: Una gran cosa! Un espeluznante viaje en perspectiva!

—¿En busca del vellocino de oro?

—No acertarás, ni que lo arriesgues en cien veces.

—¡Caray! Pues no me estás intrigando nada, hijo... de tu madre?

—Dime: Te vienes?

—Según y conforme. Exprésate sin frases hechas.

—Ofrecen diez mil *plumas* en un premio.

—¿Y quien hace esa barbaridad?

—La Academia de Ciencias de La Haya!

—Puede que no *la haya*.

—No chirigotées... que te estoy hablando de la capital de Holanda!

—¡Viva el queso de Holanda!... Que es el de bola!...

—¿Crées una bola mi informe científico?... Eres un percebe!... Me voy!

—No: guasitas a parte... Soy incapaz de pasar el charcho. Te lo juro, aunque con desesperación.

—Ni ante la perspectiva de cautivar las diez mil del ala?

—Eso es tentadorcillo, pero...

—Ni con la probabilidad, mejor con la realidad de echarte al coleto una docena de indias blancas por día ¡so ave fría?

—No: de pingüino no tengo nada, te lo prevengo. Hablando de otra cosa ¿has visto estos días a mi colega?

—¡Ah! Te refieres a Hugo Larroca?... Ayer le eché la vista encima.

—Y ¿donde? ¿en un cine, achuchándose con su aglomerada?

—No: lo que es mejor o peor para sí... Pues me consta que te gusta a rabiar la mocita. En un reservado de cierto restorán del muelle de la Muralla, montando a la alta escuela.

—¡Puñales!... ¿Y se atrevían en un restorán así?

—El amor libre se atreve a todo... Ya lo sabes, por cierto que ella le animaba con brazos y piernas de un modo harto lúbrico, y mira si extremarían sus expansiones sicalípticas que ¡ja, ja, ja, ja!

—¡Hola!... ¿Te ríes o te burlas... simplemente de la parejita?

—Más bien lo primero, querido Marcos... Vaya un grupo para un museo libertino.

—¡Caray, pero qué cosa apocalíptica sucedióles?... Cuenta: Me tienes como el que se halla en el fondo de un pozo y con el agua al cuello! Desembaula lo que sea ya, so nítido!

—¡Nada!... ¡Una hecatombe o poco menos! Pero una hecatombe de esas tan frecuentes en las alcobas!

—¡No entiendo!

—Porque eres un ofuscado en materias galantes. ¡Bueno! Pues figúrate a ella en brazos del galán; y a éste estrechándose cuanto podía contra el exhuberante cuerpo de la diosa Cibeles, o poco menos, que por tal diosa tenemos todos, como sabes muy bien a esa rutilante y cálida Lydia, la modelo y querida (todo en una pieza) del bueno de Hugo Larroca.

—¡Eh! ¡Alto ahí! ¡¡Querida!! Con que ¿querida has dicho?... ¡¡Toma!! ¡Por calumniador!... Y toma ¡por morral!

Las dos *tomas* que propinó el atribulado Marcos Delage, su interlocutor no fueron ciertamente de magnesia granulada, precisamente.

—¡Bien! Atiende hasta el fin y verás.

—¡Habla!... que ya te escucho. Moisés.

—Pues, si... Ella con esos pechos de pecado tan respingones tan firmes, casi por completo al aire libre; con los ojos comiéndose a su galancete, que, te repito vi muy bien y muy requeteclaramente no era otro que Hugo La Roca; azuzándole, además con las manos en la espalda y cuello, excitaba de tal modo modo al escultorcillo que ¡pongámonos en su lugar!... no sabía como componérselas el hombre para calmar los ímpetus y satisfacer las intemperancias de la pecadora en un sitio tan público y tan comprometido como aquel restorán del Gato... azul.

—¡Verde, hombre!... *El Gato Verde*, como ella que es una gata con todas las uñas, más verde que la propia Mesalina, la romana histórica del cuento, que en paz descanse!

—Eso es. Pues yo que les atisbaba, casi sin querer, desde un cuarto donde estaba durmiendo la siesta, que sabes no me falla ninguna tarde, puesto que su puerta había quedado algo entreabierta y la mía tam-

bién. ¡Nada! casualidades que ocurren... Yo que, te repito, aquella gloria maciza de encantos carnales moviéndose en ella tan pegados al cuerpo del feliz artista en barro—digámoslo así—veía como por momentos la parejita iban encalabrinándose y ¡ala! y ¡atiza! ¡y dale! ¡y vuelta! y ¡esta posturita estará mejor!... Y así en esta otra simularemos mejor la bestia con *dos espaldas* de que hablan el Aretino y otros autores igualmente libidinosos, y yo te aseguro que me estaba maliciando o temiendo alguna barrabasada, cuando, a lo mejor de aquella tarea de titanes, va y la cama que era de madera, lanza al aire algunos crugidos, muchos menos que *rugidos* y *berridos*—y perdona lo escueto de la expresión — lanzaban ellos y ¡cataplum! ¡chin! ¡chin!!! ella que se viene al santísimo suelo, en compañía de los aguerridos beligerantes... ¡Já, já, já, já! Aquello si que fué escandaloso y bochornoso y fuera de abono, como las funciones de beneficencia, créemelo a mí ¡chiquillo! ¡a fe de Moisés Cebado!,.. Nada, que valió la función la entrada, hasta en andanada inclusive, tanto por lo menos, como en una corrida con seis de *Palha* y estoqueados por los más fenomenales *fenómenos* de la tauromaquia!...

III

Aquella hecatombe lúbrica sirvió para que el excelente bohemio renegara de Lydia y de toda su cásta.

¿Qué temperamento era aquel temperamento de mujer, que se entregaba al primer quisque que se presentaba?

Vamos al decir que Hugo La Roca no era precisamente un quisque, sino mejor un ventajista, un arrivista, el *último que llega*, que con el incomprensible sexo bello puede realizarse aquella conocida sentencia bíblica «los últimos serán los primeros».

El hecho tué que al conocer su fracaso como novio oficial, o por seguir el símil anterior, no querer ejercer más de sobresaliente de espada, ni aún de banderillero con aquella *Lydia*, que parecía tener azogue en el cuerpo, por la facilidad con que despachaba a sus *bureles*, y por otra parte, deseando poner aquella valla tan socorrida entre gente despreciada por su sueño dorado, optó, oportuno por participar si era factible de aquel pellizco tan sabroso de las 10.000 beatas, aunque la lucha para adquirir su posesión resultara un tanto difícil y peligrosa. Adelante se dijo el pintorcillo y adelante fueron, en compañía de Moisés Cebado, su profesor y amigo. Este iba en calidad de representante de una Academia Geográfica poco conocida en verdad y llevaba a remolque a Marcos, porque podía permitirse semejante lujo, en calidad de adjunto, o de simple compañero de expedición.

El 23 de Abril, día de San Jorge, embarcaron en Barcelona en el excelente yackt *Coimbra* el cual era propiedad de un rico holandés, Mr. Penck, que poseía las dos grandes cualidades indispensables para todo excursionista aventurero: audacia sin límites y un caudal casi sin límites en efectivo contra todos los bancos extranjeros y de su propio país.

Mr. Stanislas Penck, Moisés y Marcos intimaron a las primeras de cambio, ya antes de llegar a Canarias.

Las desventuras del pobrecillo pintor de nalgatorios divertían enormemente a Stanislas Penck, el cual brindaba su amistad, sus *coronas* (no de laurel, sino de metálico, harto más positivas y prácticas) y habiendo examinado los bonitos bocetos que llevaba en su cartera el otro le auguró un halagüeño porvenir en próxima ocasión.

—Y ¿qué plan piensa usted para pescar algas marinas?

—No; yo algas no pienso pescar, caballero.

—¿Pues *entonsés?*

—*Nalgas* marinas... Se trata de sacarle punta a este asunto científico de modo que resulte...

—Científico, erotico... Mucho bien. Me *angustia!*

—Dirá usted «me gusta».

—¡Eso es! Me *angosta*...

—¿Por qué no dice usted «que me den langosta» y acabaremos antes?

—¡Oh! Nao ponerse enfadado... que yo tener mucho *correo*...

—¡Cómo! ¿Recibe muchas cartas?.

—¡Nao!... Querer desir «mucho correa». Así, así... correa, que es como ser de *buen pasto*.

—¡Otra vez!... Como lo masculinizan todo los holandeses... *¡Ser terribla!*

— ¡Aho!... ¡Osté feminisar!... ¡Picarone!...

—¡Eso! De boquirris nada más... pero, mire usted mis croquis de posteriores.

Cuando más embebidos estaban ocurrió algo aparentemente normal, pero en rigor de una *anormalidad* que ni en un maestro de *Normal* podía explicarse.

Moisés Cebado y un marinero, algo redondeado de formas, de ojos vivos como



CARAMBA

centellas y de movimientos expresivos, vinieron a interrumpir a los dos amigos, causándoles una sorpresa de todo punto frapante y halagadora.

—¡Capitán Penck! ¡Capitán Penck!

—¿Qué pasar, caballero profesor?

—Este marinero... que desea hablarle a solas...

—Y le traigo este pliego que se ha recogido en las Palmas para usted.

—¡Bien... bien!...

El capitán Stanislas (pues tenía este grado, aunque no lo hemos consignado en la armada holandesa) miró con detención al marinero, llamándole poderosamente la atención las curvas pronunciadas y demasiado insinuantes para ser de hombre.

En cuanto a Marcos, ahogó un chillido de tremenda sorpresa. Acababa de reconocer en aquel marineró ¿a quién dirán ustedes?... Pues a la propia Lydia, su novia en carne y hueso.

En tanto el capitán Stanislas enterábase del contenido de la carta, lo que le tuvo entretenido unos minutos, Lydia, aquel grumete tan excitante como falsificador de sexos y Marcos cambiaron rápidamente algunos achuchones y tal cual beso telegráfico.

Marcos estaba como el que ve visiones:

como si hubieran caído a sus piés ocho o diez rayos juntos.

—¡Amor mio!... ¿Por quién has hecho eso? ..

—¿Por quién va a ser? ¡por tí, charrán!

—¡Falsa!

—¡Eh! ¿qué decir?...—demandó el capitán Stanislas, estrañado.

—¡Nada!... Que esta moneda es falsa... decíamos ese... ese marinerito y yo...

—¡Oh! ¡Ven! Ven, muchacho.

Siguió inquiriendo con los ojos los contornos voluptuosos, que mal disimulaban los arreos marítimos, de aquel lindo, exhuberante cuerpo de mujer. Esta acabó por depositar su mano entre las del holandés.

—Pues sí... no soy marinero, que soy sirena, capitán!

—¿Una sirenita *una poca* desvergonzado? ¿No?

—¡Eso!... Usted lo ha dicho, pero...

Este *pero*, resultaba puesto allí, entre los ojos admirados de Stanislas y su cachondísima personilla, todo un poema erótico en labios de Lydia.

IV

Ya estaban en la isla de Borneo, esa magnífica porción de tierra de las Filipinas, que tantos tesoros guarda en su seno, en minas, y en otros encantos naturales.

Pero la isla de Borneo tenía fama por los extraordinarios mariscos que en sus playas se alcanzaban. Por sus «estrellas de mas», sus «fayentes», sus megillones enormes, raros, sus percebes sabrosísimos, etcétera, que no hemos de convertir estas páginas frívolas en un tratado de zootegnia.

Lo más notable de cuantas rarezas y riquezas naturales del país consistía en sus hermosísimas *algas marinas*, cuya pesca era contínua, entre los filipinos indígenas.

Pero a nosotros lo que nos interesa son los espectáculos más atractivos siempre aplicables al placer de los ojos y a esta extraordinaria Colección Placer.

He aquí que una tarde de Mayo, diáfana, serena, inenarrable de belleza y encanto, en dos canoas de vapor, las del *Coimbra* precisamente iban ya en busca de algas, cuantas más bellas y más ricas mejor, la tripulación y los excursionistas europeos.

—¡Mira! ¡Mira!... ¡Es maravillosa!

—¡Ya veo ya!... Esos riquísimos *encajes*

que forman las algas ahí, casi a flor de agua... ¡Qué coloración y que!

—¡Oh! *Algo* que no es *alga*... Ahora...

—Ahora si que ha declinado usted con propiedad, mister; enhorabuena...

—No hable muy *altivo*... ¡que nos vamos diversionar!

—Pero ¿qué pasa sepamos?

—Tampoco veo a que vienen tantos aspavientos—aseveró Lydia que había ya recobrado las ropas y el aspecto de su sexo natural y propio.

—¡Su cámara fotográfica, Helder!—ordenó Stanislas a su teniente de a bordo.

Helder preparó su Kodak maravilloso, cuyo objetivo era de una nitidez especialísima.

El espectáculo era para enternecer la retina mejor templada.

En las arenas de la playa, una enorme extensión por cierto y metidas hasta más arriba de la espalda, o sea la cintura, quince a veinte espléndidas desnudeces femeninas daban la esplendorosa pompa a nuestros asombrados europeos.

—¿Pero esto ser *algo*?... ¿Qué tal, señor bohemio pintamonas?

—¡Algos!... ¡algos!... ¡querido Stanislas! Me declaro adorador ferviente de esos divinos nalgatorios!... Eso es mucho mejor

que las algas marinas... Esto pueden ser mis deseadas *Nalgas marinas*, caballero.

Voy a tomar apuntes rápidos,

—¡Eso! ¡Aquí está!... Apunte su *lapisera* a todos estos *volumenes* tan ricos en *líneos*!..

Aquella colección de lunas filipinas tan dislocantes de estatuaria como de coloración ¡caso extraño! parecían clavadas allí en la arena.

—¿Y algas habeis encontrado muchas?

—¡Más de mil kilos, profesor!... De todos colores, formas y para todos los gustos...

—Así ¡todo en un día!... ¡Santa Rita, patrona de imposibles! Bendita seas, tú que hoy 22 de Mayo nos vienes a visitar con dones tan exquisitos como deslumbrantes...

Esta ferviente invocación a Santa Rita dirigíala el alegre profesor Moisés, al cielo, pero sin apartar la vista de las soberanas popas que en la playa seguían inmóviles. Popas rutilantes, muslos magníficos, llenos de espansión y de curvatura dislocante, turgentes y amplios.

Todo se les veía a aquellas apreciabilísimas criaturas, todo menos el rostro.

—¡Es que lavan arenillas, de oro! Y por eso están con toda su atención en su tarea...

—Estoy por ir a lavar pepitas o arenillas, con esas beldades isleñas.

—No puede ser señor... Mi Kodak está en funciones y sembraríamos una alarma entre esas indígenas.

—No he dicho nada, señor Helder... Y siga kodakeando, que yo ya estoy entretenido con mi prójima correspondiente.

V

A los dos meses escasos, habían regresado. Málaga la bella, recibía alborozada a la expedición oceanográfica, presidida y equipada por el opulento Mr. Stanislas Penck.

La exposición que de algas se hizo en el Club-Sirena resultó un éxitazo. Una variedad infinita de aquellas hermosas y raras plantas marítimas poblaba las vitrinas. Pero su clasificación, cuyo humorismo había sido hecha por el profesor Moisés Cebado, tenía no poco que admirar.

¿Eres tú el que ha hecho esos clichés, Helder?—demandaba la impenitente Lydia al holandés, teniente de a bordo, del cual se había encaprichado.

—¡Oh! Si... esos posteriores de filipinas

me deleitan. Fíjate en la combinación. Algas y nalgas; plantas y carne: como si dijéramos plato del día en este restaurant Malagueño: popas en su propia yerba ¿te ha gustado, nenilla?

—¡Hablas muy bien el español!... Pero me gustas más tu ¡perdido!

—¡Marcos estará muy enojado conmigo!..

—¡Bah! deja a Marquitos... Este con las cinco mil beatas que le ha regalado Moisés está que no ve dos sobre un burro... ¡Arre allá, bohemio!

—Según eso ¿ha cambiado modelo?

—Si y ya ves que esa Pastora que posee esta vez no me puede ni descalzar a mí. ¿Pues qué son estos bajos para echarlos a los tocinos?

—¡Oh! Estos bajos y estos altos y estos medios; todos los rincones y los encantos de Lydia constituyen el mejor asunto para un tapiz de Fragonard o de Wateau.

—Sí, ya se... Unos tíos con la mar de gracia libertina.

—¡Tu eres libertina, cielín!... Por eso te adoro ¡y por las nalgas!

¿Marinas?

—Marinas y terrestres... Son únicas y por ahí pecaría yo si tu me lo dejaras.

—De hecho o de dicho.

—¡Déjame que te vea una vez más esas

protuberancias, tan turgentes, tan mórbidas!

—Pero que bien hablas el español... ¡rico mío! «¡¡Turgentes, mórbidas!!»

—Por que he sido recriado en Santander desde muy joven y luego volví a mi pais para mi servicio militar. ¿Me dejas que te saque unos clisés, preciosa?

—Como quieras. ¿Estamos bien aquí? ¿Sí?...

—Divinamente: mira, tengo una idea genial.

—¡A verterla!...

¿Ves estas guirnaldas tan bonitas?

—Sí: flores y plantas de papel ¿no?

—¡Ca! Son algas secas... pero secadas artificialmente y dispuestas para el comercio... ¡Te voy a envolver el cuerpo con estos lindos adornos!

—¡Ah! Muy genial, en efecto. Paso a aligerarme de ropa.

A los dos minutos hallábase Lydia tumbada en la otomana, completamente en cueros.

Sus espléndidos pechos emergían desafiadores, emolientes, llenos de turgencia, del plegado de los brazos, hermosísimos también, y que cruzados bajo los senos, daban la visión de que estos salieran a tomar el fresco en la *tribuna*, aquella tribuna carno-

sa y apetecible.

Sus espaldas de carnación soberana y tonalidades alabastrinas tenían hoyuelos divinos, nidos de besos, lengüeteos y otras caricias. Sus muslos de lúbricos contornos, guardaban una simetría tan amable con el resto del cuerpo que aquella *modelo*, resultaba el complemento de la más acabada y bella arquitectura femenina en todo su esplendor.

En la postura adoptada por Lydia sin que nadie se la indicara daba frente a un ancho espejo muy bajo, por el que se veía entera, vientre, pechos y muslos: sus adornos de algos, o sea los adornos auperpuestos, parecían completar y maridarse lindamente con los adornos naturales de ella, su encantadora cabellera que le llegaba a las corvas, de tonalidades rubias atercio-peladas.

Pero donde las algas coincidían con las ampulosas y turbadoras y más turbadoras aún, nalgas de aquella nereida-mujer resultaban las tales algas-nalga con inusitado realce y de un encanto supremo. Preparaba Helder a la modelo con toques y entretoques hábiles y espasmódicos con sus dedos brujos: sus besos en la nuca y espaldas fueron pródigos y la esencia de la pasión enorme, erótica por esencia.

La buena moza cerraba los ojos de gusto... Pero separaba las piernas y dejaba que el objetivo del Kodak de Helder la hiciera divinas cosquillas antes de obtener aquel espléndido clixé.

***

A los ocho días escasos la exposición del *Club-Sirena*, de Málaga, situada en la espaciosa Caleta, de aquella hermosa capital andaluza, ganó en encantos cuanto podía esperarse de la imaginación más exhuberante y del deseo más lúbrico. En dos saloncillos, muy bien ornamentados, con áncoras, modelitos de buques, admirablemente reproducidos y vistas panorámicas de diversas partes del mundo, veíanse entre otras maravillas unas ricas variedades de algas, en cuadros, de Filipinas, de la India, de las Américas centrales.

Pero lo que constituían el Clou de la exposición resultaban los dos saloncillos íntimos del Club. En el primero veíanse reproducidos al óleo los 20 más exquisitos nalgatorios que puede soñar una imaginación libertina, sin adornos de ninguna clase, semi bañados por las trasparentes linfas oceánicas. Una maravilla de composición y que llevaba este rótulo NALGAS MARIÑAS. Aquel asunto extraordinario honraba el pincel de nuestro amigo Marcos

Delage.

Finalmente, lo que hemos dicho contenía el último sabroso envío del inteligente amateur Mr. Ruben Helder, de la marina holandesa, eran seis hermosisimas ampliaciones de desnudos femeninos, todos interpretando posturas de Lydia (ya su amante definitiva en la actualidad). Las primeras series de algas, que en los salones contiguos destacábanse, comenzaban en la serie A. E. F. etcétera. De modo que entre las últimas seis positivas, tan ricas en carnación, como espléndidas en novedad de combinación eran las algas que convenían a las letras desde la I, a la N, inclusive, de tal manera que causaba una sensación de picante coincidencia la última de las ampliaciones, la espléndida grupa que sobresalía del magnífico cuerpo de Lydia, ostentando por todo rótulo, en punto visible el siguiente:

Serie N-ALGAS MARINAS. procedentes del Océano Pacífico; costas de la isla Borneo *(Filipinas)*. Y no era sino la coincidencia de las algas hermosísimas que adornaban el posterior digno de estudio y admiración de la exmodelo del bohemio Marcos Delage.

FIN

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

LEA USTED LA HERMOSA

COLECCIÓN PLACER

CACHONDA Y SABROSA — CADA TOMITO 10 CTS.

La primera noche de amor.—Suspiros tiernos. - Fiebre de amor.—La mujer del prójimo.—Goces supremos. - Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer. — Amor en globo. — Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas. — Amores crueles. - Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante. — Sangre ardiente.—Enredillos de hembras. Palomitas tiernas.—El beso del camino. — Un maridazo. -- Las hijas de Venus.--Centro Galante.—Delicias del amor.--La mujer ajena.--La Sabrosa.--Secretillos de alcoba. - La Isla del amor.- Un matrimonio modelo. -La Virgencita.

Las nenas cachondas.—Mujeres tunantes-- Canalladas de Cupido.--Travesuras de un conejo.--Diabluras deliciosas. Paquita la blanda.—Lechos voluptuosos.— Don Pepito se las trae.—Toma tripita.—Un catre cachondo.—Los labios de Isabel.—Noches sicalípticas.— Mordiscos femeninos.—¡Venga cadera! El bosquecillo de Venus.—El sexo débil. - Una tía sin vergüenza.— Caer de espaldas.—La danza de la popa.—Muslografía física.—Boquitas de piñón.—Ombligos movilizados.— Los agujeros de Trini.—Vahidos sicalípticos.—Las rocas peludas.—Vaivenes caderiles. - Memorias de un lunar. — La saeta de Cupido. — ¡Vivala faldamenta! — Ajetreos amorosos. — Lamentos de un somier. — Un Canuto libertino.—Las NALGAS marinas.

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

La última palabra del despiporren — 10 tomitos

Riquísima presentación — Cada tomito 20 Cts.

Publicaciones Alegres — Barcelona - Buenos Aires